

EL NUEVO DÍA DOMINGO 15 DE ABRIL DE 2007

EDITOR: MARIO ALEGRE BARRIOS malegre@elnuevodia.com

Dueño de su vida

De la ruptura con una existencia que no sentía como propia, “el boricua de Hunter” Samuel Toro Rosa se levantó para convertirse en parte de la nueva savia que nutre el arte contemporáneo

POR MARIO ALEGRE BARRIOS
malegre@elnuevodia.com



No había amanecido aún cuando supo de manera inequívoca que la vida que hasta entonces se había tratado de inventar no era la que quería para el resto de su existencia. Era un martes del 2002 a eso de las 5:30 de la mañana. Iba hacia su trabajo en el Hospital Regional de Bayamón como parte de la rotación que contemplan los estudios de Medicina en su cuarto año. Poco antes de llegar -recuerda el lugar exacto, cerca de la Autoridad de Energía Eléctrica- viró en “U” y se alejó para siempre de ese mundo que nunca sintió como propio. Ese día Samuel Toro Rosa recibió el sol con la certeza de que sus días le pertenecían y habría de hacer en su cauce lo que realmente amaba: arte.

Favor de pasar a la página 122



Viene de la página 120

Cinco años después Samuel está seguro de que aquella decisión ha sido una de las mejores de su vida, convicción que renueva cada vez que se lanza sin paracaídas al blanco inmenso de las telas en las que se esconden las respuestas a sus inquietudes. “Lo importante es tener los pantalones para hacer lo que uno quiere”, asevera este artista nacido hace 29 años en San Juan. “No me cabe ninguna duda: hay que tener los pantalones para ir por lo que uno realmente desea y tomar las decisiones cruciales que te permitan ser quien realmente eres. Después de que tú hagas eso, tú estas bien”.

La decisión le costó ocho años de estudios dedicados de manera general a las Ciencias -los primeros cuatro- y a la Medicina -el resto- como parte de esa intención más heredada que propia de “ser alguien en la vida” con una carrera respetable que le asegurase un futuro financieramente seguro. Aquella mañana Samuel quemó esas naves y se dedicó a ir en pos de uno de los dos sueños que lo acompañaron desde la infancia. Entre ser astronauta y ser artista, sabía que sus mejores posibilidades estaban en la segunda alternativa, como pintor.

“Siempre me encantó el arte y lo veía como una meta en mi vida, pero al mismo tiempo parecía muy difícil por las cosas usuales de la familia, que te desaniman y te dicen que de artista te vas a morir de hambre”, recuerda el artista que tuvo en la pasada edición de la feria de arte Circa una experiencia que apuntaló su certidumbre de que había elegido el camino correcto. “Estudie en San Ignacio y de ahí me fui a la universidad a estudiar Biología y más tarde Medicina. Una vez empecé a visitar los hospitales llegaron dudas muy serias. No podía bregar con ese ambiente... era deprimente y me drenaba mucho”.

Samuel describe esa época como “des-humanizante” y súbitamente la concepción romántica que tenía de la Medicina comenzó a erosionarse vertiginosamente. “Todo se fue a pique entonces”, recuerda. “Creo que me detuve a tiempo: no terminé la carrera porque creo que, de haberlo hecho, ya no hubiese podido salir de eso”.

Adivinó que si la concluía, se iba a recostar en la seguridad económica que le brindaría y nunca le habría dado paso a su verdadera vocación. La certeza lo alcanzó de manera fulminante esa mañana. “Iba en mi carro hacia el hospital cuando empecé a llorar”, rememora. “Eran las cinco y media y me pregunté qué estaba haciendo con mi vida. Ahí mismo viré y dije ‘no más, no más’. Fue una decisión difícil en cierto sentido: llevaba ocho años preparándome para ser médico y de pronto le daba la espalda a todo eso. Sabía que el arte era un



“COMPAÑERA”, obra que Samuel Toro Rosa presentó recientemente en Circa.

camino muy duro y competido, pero me dije que aunque fuese superdifícil lo haría, aunque no lo lograra, de lo contrario nunca sabría si era posible”.

HACIA HUNTER

La primera opción era Nueva York. Alguna universidad dentro del selecto grupo que le interesaban, pero un bachillerato en Biología y cuatro años de Medicina de nada valían para el mundo académico del arte. Entonces se fue “de cabeza” a la Escuela de Artes Plásticas del Viejo San Juan para tomar algunas clases del currículo y en un año y medio estuvo listo para dar el gran salto a Hunter University, donde solicitó pese a que muchos le aconsejaron que no lo hiciera por los rigurosos requisitos de admisión. “Me dijeron que no tenía muchas oportunidades y en cierto sentido estaban en lo cierto... apenas había expuesto en una ocasión... fue en el Nuyorican Café. Las obras abarcaban desde lo figurativo hasta lo abstracto y parecía una colectiva”, dice con una carcajada. “Ahora veo eso y me da mucha risa”.

Inmerso en una categoría plástica que rompe con la tradición, el arte conceptual es el centro de gravedad del que-

“**No puede permitirse que el dinero controle tu propuesta ni tu vida... esos son mis valores. Seguirlos es lo más importante para poder vivir con uno mismo”**

SAMUEL TORO ROSA

hacer de Samuel. “Siempre me interesó”, acota. “Sin experiencia, pensaba que lo que estaba haciendo tenía sentido, pero pronto me percaté de que algo no estaba funcionando porque debía dar muchas explicaciones sobre mi obra para que se entendiese. Estos años de estudio han sido muy formativos y me siento más maduro y seguro de lo que hago, siempre con la aspiración de que la pieza hable por sí sola. Mis obras tienen unos conceptos y unos formulismos a los que se llegan sin duda por lo visual. Una vez lo visual te atrapa, te metes en la pieza y estableces tu propia relación con ella. Ahora estoy mucho más contento con los resultados y los comentarios generalizados de quienes han seguido mi carrera así me lo confirman”.

Samuel sabe que su arte no es tradicional y que por lo mismo tiene un mercado bastante limitado y muy competido. No obstante su reciente participación en Circa fue muy gratificante por las puertas que -asegura- le abrió. “A este tipo de ferias van los que saben y los que no saben. Quienes saben, entre ellos los coleccionistas, quieren ver más obras de uno para saber si hay trayectoria”, ilustra. “A raíz de esta exposición

en Circa, me eligieron para participar en una colectiva muy importante que habrá en junio en el Museo del Barrio, en Nueva York. Antes de eso, el 16 de mayo, tendré mi exposición de tesis en Hunter, vital también porque atrae a galeristas y coleccionistas muy interesados en saber quiénes están saliendo de esa universidad tan importante en el circuito de las artes plásticas. En realidad, he apostado todo a Circa y estas dos exposiciones... luego de que pasen tomaré una decisión respecto hacia dónde habré de moverme... podría quedarme un año más en Nueva York o irme a Europa a hacer una residencia”.

“NO ME PROSTITUYO”

Para Samuel, la musa no es otra cosa que un “mito romántico” y considera que su trabajo tiene su origen precisamente en eso, en el trabajo y en el taller. “En mi obra hay mucha observación y mucha crítica, especialmente social y al ambiente artístico”, explica. “Pero es una crítica ‘light’, sin personalismos, ‘just to have fun’. Si alguien se ‘pica’ es porque no la está entendiendo”.

Y si bien los coleccionistas mismos son parte de su discurso plástico, Samuel sostiene que “sin coleccionistas no hay arte”. “Nos guste o no es así”, apunta. “Hay que comprar materiales y a veces uno está ‘pillao’. Pasan dos o tres meses y no se vende una pieza. Las presiones de mercado son muy fuertes, pero yo no he caído ni caeré en la complacencia de pintar para vender. Si hago eso, se me cae la propuesta y eso a la larga o a la corta es el fin de un artista. Se corre la voz y pierdes toda tu credibilidad. Las tentaciones son constantes, pero cualquier resbalón te cuesta la carrera. Tal vez ahora vendas algo que traicione tu propuesta y salgas de los apuros económicos, pero en seis meses se sabe y eso te mata como artista. Eso es prostituirse y yo no me prostituyo”.

En la misma línea de pensamiento, Samuel añade que “¡claro que el dinero es necesario y mira que yo lo sé... a veces se pasa bien duro en esto! Pero no puede permitirse que el dinero controle tu propuesta ni tu vida... esos son mis valores. Seguirlos es lo más importante para poder vivir con uno mismo”.

Allá, en Hunter, Samuel es “el boricua” y asevera que nada le llena de tanto orgullo como serlo, “pero no quiero esa etiqueta para mi arte”. “En Hunter todos saben que soy boricua y donde me paro lo digo con mucho orgullo, pero a la hora de hablar de arte, soy un artista contemporáneo, sin más etiquetas. Mi arte no es puertorriqueño. Mi arte es contemporáneo y punto. El arte es universal, más allá de las geografías. Quiero que mi arte se sostenga por sí mismo y que hable con su propia voz”.